

Resto, Max. *El olor de los muertos*, Barranquitas, Puerto Rico: Yagunzo Press International, 1995, 77 p.

Ya en las postrimerías de la década del 1990 podemos afirmar que existe en Puerto Rico una nueva promoción de narradores. Se ha ido definiendo y afirmando con cierta lentitud y con menos agresividad que otras promociones anteriores como la del 50 o la del 70; pero ya a estas alturas los “nuevos” han publicado en importantes revistas y periódicos; comienzan a circular sus libros —algunos, como *Pez de vidrio* de Mayra Santos, reconocidos y premiados, en Puerto Rico y en el extranjero—; y hasta emprenden proyectos editoriales para crearse su propio espacio, como la Editorial Isla Negra de Carlos Roberto Gómez y Yagunzo Press de Max Resto, que ya ha publicado *El mono gramático* de Edgardo Nieves Mieles, *El ejercicio de lo absurdo y otros placeres elitistas* del propio Resto y la novela que nos ocupa, *El olor de los muertos*, del mismo autor. Hace un par de años Isla Negra publicó, conjuntamente con la Editorial de la Universidad de Puerto Rico, *El rostro y la máscara: antología alterna de cuentistas puertorriqueños contemporáneos*, selección y prólogo de José Ángel Rosado, donde se define bien esta nueva promoción de narradores del 90, que incluye, además de los ya mencionados, a otros como Diego Deni y José Laboy. Aunque no se ha diferenciado radicalmente de la promoción del 70, cuyos miembros siguen muy activos, los nuevos narradores se caracterizan por la inclinación hacia lo grotesco, lo fantástico y lo extraño; así como por el gusto por la parodia y la indagación en los límites de la ficción y su relación con la realidad.

Max Resto es, sin duda alguna, uno de los más talentosos, legibles y agresivos de los nuevos narradores, por su vitalidad, su irreverencia y su gozoso y agudo sentido del humor. Max, cuyo verdadero nombre es Marcelino Resto León, nació en Brooklyn en 1963; pero se crió en Cidra y residió hasta hace poco en Barranquitas. Se trata de un escritor que no se inició dentro de los círculos literarios más sofisticados de San Juan. Tampoco es un académico, como lo son la mayor parte de los escritores nuevos. Max no es ni profesor ni estudiante universitario, sino artista y diseñador gráfico, aficionado a los espectáculos públicos, como la lucha libre, considerada por él como el mejor espectáculo teatral que se presenta en Puerto Rico.

El olor de los muertos es su primera novela, diseñada e impresa por él mismo. Con un gesto muy cervantino, incluye en la contraportada opiniones muy favorables de críticos sospechosamente desconocidos —como Eulalio Rius Mamberti, Alistair Wambaugh y Rupert Blake Kleem del *Bottissawa Voice*— junto a las de personas reales como María Mercedes Grau del mensuario universitario *Diálogo* y Mayra Santos, colaboradora del semanario *Claridad*. En la portada se anuncia que la obra pertenece a la Colección Narrativa Breve

Susodinho Araujo da Silva otro personaje desconocido y sospechoso. Todos estos elementos ancilares, junto a otros, establecen la tónica paródica y humorística de la novela antes de comenzar a leerla. Pero vayamos a la novela misma.

En un barrio rural de Puerto Rico aparece una mañana, en un callejón, un cadáver. El mismo aparece detrás de una destartalada casa donde malviven una serie de curiosos personajes: el Balta, un mongoloide de peso completo que babea profusamente y se hace todo encima; su hermano Efraín, un adicto a la televisión, enfermo de los nervios y retardado mentalmente, lo que atribuye a un mal golpe en la cabeza; la hermana Cleme, muchacha fea y voluminosa que despierta el apetito sexual de algunos tipos raros y que, a pesar de su también escasa inteligencia y el maltrato que recibe, cuida de todos, incluyendo al abuelo paralítico, antes violento y agresivo, víctima de un sospechoso accidente; y la abuela Meche, quien se dedica a pedir para mantener a la familia. A este elenco debemos sumar la madre ausente, quien fue hermosa y quien periódicamente desaparecía y reaparecía preñada o con un niño para que la abuela se hiciera cargo de él. También merecen nuestra atención algunos residentes de Barrio Bermejo, otro barrio cercano. Entre ellos se encuentran un veterano pensionado de la Guerra de Vietnam, aficionado a la cocina y a las tácticas militares de sobrevivencia, que se dedica a ver televisión y a comer lombrices fritas; y su hija, muy aficionada a los hombres y quien ha sido “mujer” de Efraín. Lo de “mujer” va entre comillas, ya que al muchacho el sexo no le atrae por ser para él un asunto feo, salivoso y mal oliente. Sin embargo, admira la belleza de las modelos que aparecen en la televisión.

Para completar este cuadro, conviene apuntar que la familia vive cerca del río, donde hay un pequeño muelle donde algunos entretienen su crónico desempleo haciendo que pescan; y que al frente también hay un alborotoso prostíbulo, el Puntito de Oro, que con sus escándalos y su música estridente no permite conciliar el sueño nocturno. Y no puede faltar el tráfico de drogas, concentrado en otro “punto”.

También conviene destacar al sargento de la policía, detective a quien le asignan el caso. Es un hombre desencantado, aburrido y frustrado, veterano de Vietnam, asqueado por lo que ve. El detective se considera muy superior a la masa por su inteligencia, su conciencia clara y su talento. Resentido por la mediocridad de sus superiores y por la incomprensión de su mujer, considera que merece mejor suerte.

¿Dónde estamos? Estamos en el mundo de la fértil imaginación de Max Resto; pero también en el mundo de la deprimente prensa amarilla. Estamos en el mundo de la marginalidad, la pobreza, la droga y la delincuencia, elementos que, desgraciadamente, caracterizan buena parte de la vida actual en Puerto Rico. Pero la mirada de Max Resto no es la usual. No se trata de la denuncia militante e iracunda; no se trata del moralista que se amarga ante la degenera-

ción y el pecado; no es el sociólogo aficionado que intenta encarnar sus teorías y su análisis en la ficción; ni siquiera la del curioso que se fascina, desde la distancia, con este mundo ajeno a su experiencia. La mirada de este narrador es, sobre todo, comprensiva y compasiva. Sin caer en falsos melodramatismos o actitudes paternalistas, puede llegar al humor y la ternura.

Esta actitud se revela a través del manejo de las voces narrativas que articulan el texto. Buena parte de la narración está a cargo de Efraín, el hermano nervioso y medio retardado, el único dispuesto a hablar con el sargento detective; aunque su testimonio no sea de gran ayuda para esclarecer el caso. Con abundantes digresiones, Efraín le cuenta al sargento más acerca de sí mismo, de su propia y pequeña vida de enajenado, y de la vida del barrio, que de las circunstancias específicas del asesinato. Sin embargo, a pesar de su escasa inteligencia, Efraín, a su manera simple y desenfocada, entiende lo que sucede a su alrededor. Es un buen observador que lo ve todo desde una perspectiva ingenua, inocente, infantil, que despierta nuestras simpatías y nos obliga a reinterpretar lo que dice. Efraín es un inocente en medio de un mundo donde ocurren cosas terribles que él ve con naturalidad porque no conoce otro estilo de vida. También es un inocente su hermano mongoloide Balta, cuyo poético y alucinante mundo interior, ajeno a todos los demás personajes, pone la nota lírica, inquietante y enigmática en la novela.

La visión de estos dos personajes excepcionales se balancea con la del narrador externo que penetra en el mundo interior de la hermana Cleme, la abuela Meche y el sargento de la policía, para usarlos como focalizadores. De esta manera nos enteramos del trauma sexual de Cleme y su complejo de atracción-repulsión hacia el sexo, producto de experiencias dolorosas. También nos enteramos de la bondad natural, asumida sin complejos de mártir, de la abuela achacosa y enferma que, por ejemplo, se alegra de la llegada del niño retardado porque le traerá más simpatía y dádivas de los vecinos para mantener a toda la familia.

También penetramos en la conciencia más lúcida y lógica del sargento detective; conciencia superior que al final se desploma por un exceso de realidad que lo lleva a una crisis de enajenación. Engañosamente, el autor nos lleva a confiar en su perspectiva irónica y distanciada como medio más seguro de entrar en este mundo; pero el detective, aunque no lo quiera ni lo reconozca, también está inmerso en él.

Como novela detectivesca, *El olor de los muertos* no cumple cabalmente con las expectativas del género. Existe el crimen, el enigma inicial, pero nunca se esclarece del todo. Las claves que se nos dan son mayormente falsas o confusas. Para Efraín, el principal informante, todos pueden ser sospechosos, y aun su testimonio se cuestiona al final mediante la revelación de un dato escondido. No se sabe quien mató a Jesús Muñecón, "el cabroncito tirador de Barrio Bermejo", y el detective se rinde al final porque "Bregar con locos es una mier-

da". No obstante, aun así, hay algunas buenas pistas que nos da la novela y nos da la realidad, para especular y tal vez descubrir quién lo mató.

En realidad, *El olor de los muertos*, aprovecha la estructura de la novela detectivesca para parodiarla y para presentarnos un cuadro patético, desconcertante y veraz de la marginalidad rural puertorriqueña. En la contraportada el desconocido crítico Eulalio Rius Mamberti, sospechosamente entusiasta y lleno de elogios para la novela, nos dice lo siguiente: "Max Resto nos embarca en una alucinante travesía por el mundo deprimente de los marginados, los aburridos, los locos de remate y los inocentes. *El olor de los muertos* es un ente vivo en este mundo de locos donde nada puede sorprender porque ya la realidad cotidiana de cada uno de estos personajes supera por mucho la ficción". Como metaficción y autocrítica, las palabras de Mamberti están muy bien.

Ramón Luis Acevedo
Universidad de Puerto Rico